

## Tránsito del Beato Angelo Paoli, Carmelita Apóstol de la Caridad

*Al final del rezo de los salmos y de la lectura breve, se puede leer el tránsito del Beato Angelo Paoli, presbítero carmelita.*

Era ya el año 1719 cuando el padre Angelo Paoli, en el mes de diciembre, poco antes de la solemnidad de la Santa Navidad, después de haber vivido hasta los sesenta y ocho años y algunos meses, y después de haber vivido en Roma por un espacio de treinta y dos años, previendo su inminente muerte, comenzó a despedirse de amigos y conocidos, diciendo que pronto emprendería un largo viaje. Sin embargo, dijo a otros que habiendo vivido hasta esa edad como un vagabundo, había llegado el momento de pensar en su alma. En los primeros días de enero se dirigió al Papa Clemente XI para pedirle la absolución de los pecados y la bendición apostólica in *articulo mortis*. El domingo 14 de diciembre, mientras estaba en la iglesia tocando el órgano durante la oración de la mañana, sufrió un ataque de fiebre aguda y violenta que le hizo perder el conocimiento. Los hermanos le ayudaron y le llevaron a la cama, y en el deseo de darle ánimo, le dijeron que la fiebre pasaría pronto y que ya para el sábado siguiente estaría ciertamente curado y en pie.

El Padre Angelo sonrió y respondió: «Sí, sí, el sábado saldré de esta jaula». La fiebre que amenazaba al Padre Angelo se debía a una inflamación contraída por el fraile anciano unos días antes, cuando en un día de frío intenso, queriendo llevar él mismo ayuda a una familia pobre, había tratado de apurarse para no llegar tarde a la oración comunitaria. Corriendo y sudando, el rigor del invierno había golpeado ese cuerpo debilitado por la edad y la penitencia. Aunque estaba ardiendo de fiebre, como el 14 de diciembre era la solemnidad del Santísimo Nombre de Jesús, al que el padre Angelo era muy devoto, quiso rezar el oficio con la ayuda de un cohermano. Al final del rezo del oficio pronunció un discurso lleno de fe y amor sobre el nombre de Jesús. En los pocos días de su enfermedad el Padre Angelo vivió su sufrimiento con serenidad y paciencia, tratando de no molestar a los hermanos, obedeciendo a las prescripciones de los médicos y a las disposiciones de los superiores. Sintiendo que la muerte se acercaba, pidió recibir el viático, pero primero quiso hacer su confesión general. Él pidió tener como confesor al Padre Emmanuel Giordani, religioso de la comunidad de *San Martino ai Monti*, que durante los años de su vida común, se había burlado a menudo del pobre Angelo con un sarcasmo estridente, reprochándole apodos como «santurrón» o «mojigato». Al escuchar la confesión del moribundo, el Padre Emmanuel salió de su celda llorando, afirmando la santidad de su hermano al que a menudo despreciaba y ridiculizaba. Durante todo el tiempo de su enfermedad permaneció junto a la cama del Padre Angelo, sirviéndole con asiduidad y afecto, y después de su muerte siguió afirmando su santidad, encomendándose a su protección.

Después de la confesión pidió que lo dejaran solo para prepararse a recibir el Cuerpo del Señor para la mañana siguiente. Aunque estaba agotado por el calor de la fiebre alta que lo atormentaba, para no romper el ayuno eucarístico, no quería tomar ninguna bebida que pudiera levantarlo. Aferró su crucifijo hacia su corazón, besándolo repetidamente y a

menudo hablándole con expresiones de tierno amor por Cristo. Un amigo le oyó rezar así después de verle besar la cruz: «*Estas heridas tuyas, Jesús mío, me han comprado el paraíso, estas heridas me lo darán. Has derramado esta sangre por mis pecados: esta sangre dará valor a mi penitencia para borrarlos. Señor, has muerto por mi amor, dame la gracia de morir por tu amor. Señor Jesucristo, confirma con lo mucho que has sufrido, lo poco que sufro ahora*».

Pasó los días de su enfermedad rezando con la ayuda de algún cohermano para no perderse la celebración del Oficio divino. Aunque se sintió atraído, hizo arreglos para que la caridad y el trabajo de cuidar a sus pobres no se suspendieran a causa de su enfermedad. Muchos de sus amigos vinieron a visitarlo en esos días y envió a su médico personal para que se ocupara del fraile moribundo. El príncipe Altieri fue a visitarlo y viendo que día tras día el Padre Angelo se moría, seguro de que el fin del humilde fraile estaba cerca, le recomendó que rezara por su familia cuando se encontrara en la presencia de Dios. A esta petición el Padre Angelo respondió: «yo le recomiendo los pobres y el hospicio para los convalecientes». Sintiendo que la muerte estaba cerca, pidió recibir la Unción de los enfermos. Los frailes de la comunidad y numerosos amigos estaban presentes alrededor de su cama. El Padre Angelo pidió a los participantes que se arrodillaran para pedir al Señor la gracia de darle las disposiciones interiores necesarias para recibir con fecundidad el sacramento de la Unción. Cuando lo recibió, renovó su profesión de fe e inmediatamente después se le vio agitando los brazos y sacudiendo el pecho por el gran calor que sentía salir de su pecho. Como nunca había sido descubierto en presencia de nadie, ni tenía la costumbre de expresar sus sentimientos de forma viva, se entendió que el calor que sentía era algo extraordinario, como un exceso de amor, que el Padre Angelo vivió por intervención divina al final de su vida. El demonio no falló con su último ataque, pocas horas antes de morir, y los que le asistieron le oyeron gritar: «¿Qué quieres de mí, bestia?», tras lo cual le vieron mostrar su crucifijo y recuperar la serenidad. A las seis de la tarde del 20 de enero, el Padre Angelo pidió que se llamara al Prior y a la comunidad de frailes porque quería que estuvieran con él en el momento de su tránsito. El Prior cantó las oraciones de la recomendación de las almas. Al renovar su profesión de fe respondió con firmeza, luego con devoción comenzó a recitar el *Dies irae*, hasta que llegó al verso «*Oro supplex et acclinis...*», es decir «*te lo ruego, suplicante y de rodillas...*», lo dijo más fuerte, luego entró en una dulce agonía que duró unos minutos, y a las seis y tres cuartos de la mañana del 20 de enero de 1720 entregó serenamente su alma a Dios.

*(Traducción del Italiano original hecha por Daniele Di Filippo, novicio carmelita)*